En el departamento que me asignó el revisor, solo se habían vendido tres literas. Yo ocupaba la del piso inferior y la intermedia y superior correspondieron a un matrimonio de jubi-lados alemanes, según pude deducir entre nuestros respectivos desprecios a la lengua inglesa.

Su inglés era tan deplorable como el mío, pero se las apañó bien para preguntar por el motivo y razón de mi viaje.

—Negocios —dije vagamente.

El jubilado alemán insistía, mientras su esposa parecía dormitar

—¿Qué clase de negocios?

Mi pasaporte tenía un sello de Holanda, famosa por su industria diamantífera.

—Diamantes —mentí.

—¡Oh! —exageró su sorpresa— Eso es negocio muy arriesgado.

—Sí…

El alemán no volvió a pronunciar palabra, ni para hablar con su esposa. A la hora de la cena, el hombre se dispuso a salir hacia el vagón restaurante. Habló brevemente con su mujer y los dos salieron del compartimento, sin mediar más palabra.

Siete minutos más tarde, estaban de vuelta con un bocadillo y una botella de cerveza. Me sobresaltó verle regresar tan pronto.

—Tenga —me dijo—. Imagino que no quiere salir a cenar. Mi mujer no tiene hambre.

—Gracias. La verdad es que me viene muy bien.

—¡Oh! No importa. Quiero pedirle un favor.

Así que lo del bocadillo era una especie de compraventa. Deje de comer, pero el jubilado me tranquilizó.

—Mi mujer muy mayor para litera media. ¿Cambia, sí?

—Por supuesto —le dije—. Yo usaré la última. Su mujer, la mía y Vd. la del medio. ¿OK?

—*Ja, Tanke!* —y se alejó de nuevo en dirección al vagón restaurante.

La cerveza no estaba demasiado fría, ni el pan era de esa mañana, pero tenía suficiente hambre como para repetir. Cuando volvió la pareja del frente de juventudes, traían otro bocadillo y otra cerveza para mí.

—Esto es telepatía —pensé.

Llegado el momento, la jubilada expresó su deseo de acos-tarse, con gestos claros y precisos. Juntó las palmas de las manos, y luego colocó el dorso de su mano derecha junto a su mejilla izquierda, al tiempo que cerraba los ojos e inclinaba levemente la cabeza hacia su hombro izquierdo.

El mensaje, en el lenguaje internacional de los signos, estaba clarísimo. Trepé al la litera superior, puse mi maletín bajo la almohada y recité buenas noches de todas las formas que conocía, incluso en catalán.

 A los cinco minutos, la cabina quedó iluminada por la luz azul del piloto nocturno y la pareja de jubilados roncaba profusa y armoniosamente.

La inevitable llegada a la frontera española no dejaba de dar vueltas en mi cabeza. Imaginaba a las parejas de policías registrando el convoy centímetro a centímetro a la búsqueda de personas, que, como yo, teníamos cinco millones de razones para no hablar con ellos. Imaginaba que la importación fraudulenta de divisas debería ser un delito similar o mayor al de las famosas evasiones de divisas, tan de moda en esos tiempos.

El monótono vaivén no conseguía hacer su efecto de adormidera, y según avanzaba la noche, mi desvelo era mayor. Los intentos por conciliar el sueño y relajarme, aunque solo fuera un par de horas resultaban inútiles. Cuanto más me empeñaba en dormir, el sueño parecía más distante y lejano y me sentía peor. Por puro agotamiento, mi cerebro se rindió y caí en una especie de duermevela, donde crees soñar la realidad, y sientes los sueños como reales.

El tren se detuvo entre el silencio de la noche y el estrépito de los frenos. Por un momento creí soñar que circulábamos en dirección contraria, porque las luces del exterior, que penetraban en la cabina por los bordes de la cortinilla, iban de izquierda a derecha y no de derecha a izquierda, como había ocurrido durante todo el trayecto.

A los jubilados todo aquel ajetreo parecía no afectarles. Sus ronquidos habían cedido en intensidad y en cadencia y formaban un interesante contrapunto. Separé un poco la cortinilla y lancé una suplicante mirada al exterior, como rogando que alguna señal me permitiese entender lo que estaba sucediendo.

Era Hendaya. En un cartel sobre la pared de ladrillos se podía leer el nombre de la ciudad fronteriza. El tren detuvo su marcha atrás, y después de unos minutos de inquietantes tirones en uno y otro sentido, lanzó un tremendo resoplido y se relajó por completo. Pensé en lo complicado y molesto que resultaba el proceso de adaptar el convoy al ancho de vía española. *España es diferente,* hasta en algo tan universal y tan simple como la separación de los rieles sobre los que circulaban los ferrocarriles.

Cerré los ojos de nuevo y los abrí instantáneamente. Había pasado una hora desde que llegamos a Hendaya y ahora se oían pasos por el pasillo. Una puerta se abrió, probablemente la del compartimento contiguo y oí la voz de un hombre al presentarse.

—Policía. Papeles, por favor.